

Introducción

VII. Entre la academia, la profesión y el poder

Por **Manuel Mora y Araujo**¹³

En sus orígenes, los investigadores de opinión pública eran una comunidad académica. Su trabajo lo hacían en universidades, los vinculaban las inquietudes teóricas compartidas y, frecuentemente, los métodos que preferían utilizar. Es cierto que la profesionalización está en los albores de la disciplina, y que los primeros profesionales -en la década de los 30, en Estados Unidos- fueron pioneros que abrieron un campo antes que la academia lo reconociese como tal. Pero eran muy pocos, su trabajo era muy reservado y el público no era ni testigo ni partícipe de lo que hacían. En América Latina la profesionalización llegó mucho después, aunque la disciplinas había echado raíces en el ámbito académico, convirtiéndose en una fuente muy creíble de información sobre las tendencias de la opinión pública.

En nuestros días la profesión ha dado lugar a una comunidad mucho más numerosa, muy expuesta ante la opinión pública y con menos vínculos académicos. Se ha hecho muy numerosa porque el producto que genera está en alta demanda. Está muy expuesta por varios factores: la prensa se ha tornado un jugador central y difunde todo lo que puede; los mismos investigadores con frecuencia buscamos un alto perfil mediático; los clientes -sobre todo los de la política- han sobreestimado el valor propagandístico de las investigaciones -por relación a su valor estratégico y, ni hablar, su valor cognitivo-; y la profesión se movió hacia la práctica de la consultoría, donde el otro relevante es el cliente y no el objeto de la investigación.

Se entiende que todo eso ha llevado a la comunidad profesional en una dirección 'corporativa'. Surgieron asociaciones profesionales que han dado lugar a intercambios y capacidad de protección de los intereses de los investigadores -aunque, como tendencia, no han generado la capacidad de autorregulación ética propia de algunas otras profesiones-. A veces, el mal uso de los datos de las investigaciones por parte de los gobernantes genera reacciones colectivas. Las encuestas pasaron a ser consideradas los verdaderos barómetros del humor colectivo y de las preferencias políticas; no pocas veces, se busca controlarlas, distorsionarlas o regularlas exageradamente, con propósitos políticos. Ahora mismo tenemos un ejemplo en lo que sucede con el presidente del Perú, presa de un ataque contra las encuestas de opinión, lo que provoca una reacción bastante generalizada del lado de la

¹³ Manuel Mora y Araujo es sociólogo, estudioso y consultor de opinión pública, comunicación y política. Profesor universitario, actualmente es rector de la Universidad Torcuato Di Tella. Ex director de Ipsos-Mora y Araujo y de Mora y Araujo Grupo de Comunicación, integrante de cuerpos directivos de distintas organizaciones sin fines de lucro y columnista en medios de prensa. Entre sus libros están *El voto peronista*, *Qué nos pasa a los argentinos*, *Liberalismo y democracia*, *Ensayo y error*, *El poder de la conversación*. Hacia una teoría de la opinión pública.

profesión en todo el continente -pero, llamativo, sin que esté demasiado claro qué debe hacerse y cómo debe encararse la respuesta-.

En ese largo proceso de décadas en que la práctica profesional se sobredimensionó por sobre las preocupaciones intelectuales, teóricas y metodológicas, nadie podría decir que la profesión dejó de crecer. Pero es plausible afirmar que va acercándose a una zona de riesgo creciente: la endeblez teórica y metodológica.

Este es mi punto de vista: la comunidad de investigadores necesita nutrir también sus raíces originarias, que están en las ciencias sociales y no solamente en la praxis profesional. No es que no lo hace, pero no lo hace suficientemente. Deberíamos promover en mayor medida la formación de calidad de los jóvenes investigadores y deberíamos propender más activamente a las discusiones intelectuales y a los intercambios teóricos y metodológicos acerca de lo que hacemos y de las consecuencias sociales de lo que hacemos. Deberíamos exponernos nosotros mismos a la mirada con la que otros nos miran y encarar más decididamente la elaboración de esas miradas, tomar alguna distancia de nuestro rol de proveedores de datos y de recomendaciones y acercarnos un poco más -críticamente, interactivamente- al rol que desempeñamos en la perspectiva de otros actores.

Hay distintos caminos para hacer todo eso. Una revista de investigadores puede ser una herramienta valiosísima para compartir reflexiones y visiones críticas y autocríticas, para la elaboración de ese enorme componente de nuestro saber que proviene de la experiencia y para reconectarnos con el saber que proviene de la práctica sistemática de las ciencias sociales.